

PREMIANI



## LA ESCLAVINA ROJA

EN la villa de Compiègne habitaba un rico burgués, muy cortés y sabio y muy metido en asuntos de varia y considerable importancia, siempre dispuesto a atender por igual modo a los pobres como a la gente adinerada y principal hombre que, sin llegar a ser de condición avara, era para el reparto de su moneda muy cauto. Tenía este burgués un solo hijo, apuesto galán, que durante su juventud hizo correr bien el caudal de su padre, a tal punto, que hasta otras ciudades llegó la fama del valor y de la esplendidez del mozo.

Vecino de ellos vivía un hombre modesto y humilde en extremo, padre de una bellísima doncella, con la que trabó el galán

conocimiento y de la que se prendó hasta importunarla en tal grado con sus pretensiones amorosas, que la damita le tuvo que decir claramente que cesara en su acoso si no pensaba en hacerla su esposa. Añadió que le recibiera gustosa en cambio si pretendía hacerla su mujer como era debido.

— Es de mi agrado oírlos hablar así — le contestó el apasionado galán —, y para demostraros que mi intención es la de un hombre de bien — añadió — prometo daros cuantas pruebas me exijáis.

TAN pronto como pudo, el mozo le dijo a su padre lo ocurrido, pintándole con los más encendidos matices la pasión por

la doncella, pero el padre, al oír la pretensión de su hijo, se opuso y le amonestó duramente.

— Mejor te hubiera sido, hijo mío — le contestó el padre —, no comunicarme tan mala idea, pues sabes lo poco que es para ti esa mujer, que no sirve ni para descalzarte. Mi deseo es verte lo más enaltecido posible.

Advirtió el galán, al oír a su padre, que nada iba a conseguir de lo que se proponía; pero como el amor esclaviza a los seres, ya el mozo era víctima de la llama que no le dejaba pensar sino en su tormento adorado.

Sucedio que tres días después murió en la ciudad la mujer de un acaudalado caballero, y luego de pagado un mes del falle-

cimiento de la dama, el viudo entró por medio de unos amigos en relación con la doncella de que estaba enamorado el mozo; y tan rápido estuvo el viudo en su decisión, que hablando y convenciendo a la damita, en pocos días se casó con ella.

AL ver aquello, el galán quedó consternado. Vestíase con un traje de paño de Inglaterra, tinto en color grana con cuchilladas de tono verde, ricamente adornado con ricas guarniciones y bien forrado con piel de ardilla. Y era de ver lo gentil y bello que parecía ¡el que ahora tiene demudado y pálido el rostro!

(Continúa en la página siguiente)

# BOCETOS DE NUESTRA CIUDAD

El carramate encabeza la serie, le sigue el coche de plaza, a éste el ómnibus, a éste el colectivo, a éste el taxi o el auto particular.

La serie, como se ve, invierte la razón de la velocidad. Delante el más lento, atrás el más veloz.

Hay dos enemigos reconciliables en esa hilera. Todos han mirado con desconfianza y con rabia al que venía atrás. La ciudad del carro se indignó con la ciudad del coche; la ciudad del coche se indignó con el tranvía, y así sucesivamente. Pero fue una indignación pasajera. Al cabo comprendieron que podían vivir juntos o que era fatal que uno de los dos desapareciera.



¿Cómo se le maneja el ómnibus al tranvía?

Un día salió de su morada con la cabeza cubierta solamente por una caperuza y se dio a vagar por la ciudad, en donde sin saber cómo ni cuándo llegó a encontrarse ante la vivienda de su amada.

Aunque había un calor propio del rigor del verano, el galán estaba decidido a sufrir su tormento y martirio pacientemente, con tal de hallar a su amada, y mientras pensó en ello, con más firmeza se afirmó en que así había de ser.

Poco entonces su vista en una modesta casita a la que se dirigía cruzando el camino una vieja zurdilla, que poco después vino a sentarse junto a una de las ventanitas bajas de la vivienda humilde.

COMO atraído por misterioso poder, llegóse el galán a la viejecita y entonces ella, muy astuta, le preguntó que cosas nuevas se decían por la ciudad y si el galán seguía tan distinguido y considerado por todos.

La anciana se llamaba Auberte, y no hubo nunca mujer, por muy guardada y oculta que estuviese, que con sus artes no le hiciera. El mozo le pidió auxilio, narróle palabras por palabras con cuanto ardor quise a la doncella viciosa y ofreciéndole a la vieja cincuenta libras si conseguía hacerle llegar hasta su amada. A lo que contestó la vieja:

—¿Quien la guarda no podrá ya evitar el que la hables dentro algún tiempo, aunque la tenga encerrada a piedra y todo. No tardes en buscar tu dinero, que yo me encargo de resolver el asunto.

CORRIO el galán en busca de un cofrecillo repleto de oro que sus padres habían ahorrado, lo abrió, sacó las monedas necesarias y volvió con ellas a la morada de la madre Auberte, a la que mostró las cincuenta libras. Pero aun el contrato no estaba perfecto, porque era preciso añadir algo más que no la vieja exigía.

—Has de darme tu capitolio rojo — decía la vieja.

Y el mozo, que a todo obedecía sin contradicción, hizo lo que le indicó, porque el amor le tenía cautivo.

Dobó luego la madre Auberte la esclavina roja en menudas pliegues y se la guardó debajo el brazo. Se levantó de su asiento, se cubrió con un tubón y se fué a la casa de la bella dama. Como día de mercado, sabía que el marido no estaría con su mujer. Entró en la casa y le dijo:

—Que Dios sea con vos, mi amable señora, y que tenga piedad de la otra difunta, por la que mi corazón se entenebrece pensando en las veces que me honro con sus audencias.

La dama contestó: —Bienvenida seas, madre Auberte. Venid, venid y sentaos junto a mí.

A lo que añadió la vieja: —Vengo a veros, señora, y después mía, porque habita en mi un deseo de llegar a vos y he de decir que no traqueo el umbral de la puerta de esta casa desde la muerte de vuestra antecesora, la que por cierto nada me negó de lo que yo le pidiese, haciendo constar en favor suyo que si lo que yo solicitaba era preciso, ella lo hacía siempre y fácil.

Y llegado a este punto el discurso, la atajó la dama para decirle: —Madre Auberte, supongo que de nada tendréis necesidad; pero si de algo carecís, decidlo.

—Pues así es, señora, que de algo carezco y vengo a veros porque mi hijo padecer de un dolor en el costado y le sanaría muy bien un trágulo de vuestro vino blanco y un trozo de vuestro pan casero; pero deseo que de cuanto pido me déis corte ración, porque me avergüenza el pedirlo; pero de tal modo angustio el estado de mi hijo, que por ella lo hago y, de tal modo ruego, aunque no me digáis jamás.

—Pues lo tendréis todo — contestó la dama.

Y la vieja, muy ducha en artilugios, hipocresías y malicias, se sentó junto a la señora y le dijo: —Mucho me alegro oír hablar tan bien de vos. — Y añadió: —¿Cómo está vuestro marido? ¿Os pone a todo buena cara, sin haceros de menos? ¿Oh, qué cariñoso y tierno era para la otra, a la que satisfacía el menor de sus caprichos? — Y prosiguió: —Me gustaría ver vuestro lecho, para saber a ciencia cierta si vuestro esposo os tiene tan bien instalada y atendida como a su primera mujer.

Se levantó entonces la señora y tras ella la madre Auberte, y entraron en una próxima estancia, en la que había, entre otras cosas, muchas clases de pieles expuestas y paños de seda y terciopelo. Y mostrando a la vieja un gran lecho, dijo la dama: —Aquí se acuesta mi señor y a su lado reposo yo.

La cama estaba cubierta por un cobertor blanco, y bajo él se adivinaba una colcha. Puntó entonces la madre Auberte una aguja en el capitolio que llevaba bajo el brazo y en él envió también un dedal, y luego lo ocultó todo con disimulo. Miró la dama, según mostrándole el alfiler, la vieja luego deslizó el capitolio por debajo de la colcha, a tiempo que decía: —Desde Pentecostés no he visto lecho más ricamente ataviado y dispuesto. Me parece que estáis aún mejor atendida que la otra.

Y mientras la vieja hablaba de corrido, la dama le entregó un cuenco de vino, una hogera de pan, una monedita y una olla bien repleta de arvejas.

Se marchó en seguida la vieja y pronto llegó el marido, que venía de la ciudad de última vez, y le dijo de última vez: —Acostárate a dormir, y así lo haré pero advertiré que debajo de la colcha había algo que se levantaba y abultaba, y por ello empezó a sentirse molesto y, alando entonces la colcha, extrajo de debajo de ella la colcha esclavina.

Tanta pena le produjo al marido tal hallazgo y tan paralizado quedó todo su ser, que si la hubiesen asado una cuchillada no hubiese salido de ella una gota de sangre.

—¡Ay de mí — exclamó. — ¡Me ha traicionado la que nunca me amó!

Llegó entonces hasta la puerta, la cerró y, doblando el capitolio, movió todo él por los celos, que es el peor de los males, examinó la preta por dentro y por fuera, como si fuera un preso todo, tan lleno estaba de dolor y de ira.

—¡Ay de mí! ¡Qué pensar de este capitolio! — repetía, cre-

## Se Odian a Muerte \* El Cartero Permanece

¿Cómo se le maneja el ómnibus al tranvía? El tranvía era dueño de la ciudad, había vehículos más diligentes; pero ¡ah! aquí a que cada uno podía tener su auto. No tenía inconveniente, pronto, apareció el ómnibus, todo desahogado, loco, patológico, y lo desahogó.

Es la historia de hoy mismo. Aun se leen en los vidrios de los establecimientos de los tranvías las pinturas de la policía. El más certero de todos, el siguiente: "La vida es breve. Prefira seguridad a velocidad." ¡Pum! El tiro en el ojo.

Pero ni con eso. El ómnibus se adelantó, se tranquilizó, se perfeccionó, y ganó la poltrona silenciosamente, nada más que con seguir corriendo.

El tranvía no se lo ha perdonado, no podía perdonárselo. Mientras él tiene el andar que no le deja incómodo en toda la ciudad, el ómnibus marcha solo. Ya puede dar vueltas por las calles urbanas el tranvía; no puede volar sobre los patalejos. El ómnibus sigue y pega el equitativo si se ha interrumpido el tráfico porque un vigilante escribe en la libreta o hay clavada en el estancamiento una bandera roja.

El tranvía odia a muerte a su rival. Le da ganas la calle y tendrá que irse a las uñas o al subterráneo a desahogar tener camión.

Y el ómnibus parece que le da rabia no haber venido antes.

yendo que era del amante de su mujer, que con su belleza se había solazado.

Arrojó la prenda a un lado y, recordándose entonces sobre el lecho, pensó qué bato. Pero cuando más cabalaba, más iba confundiendo.

LEGADA la noche, y cuando la puerta estuvo cerrada, echo por otra a la esposa de la morada conyugal, ella, que nada más de lo ocurrido, así perdió la razón.

Pero la madre Auberte, que estaba vigilante, se llegó a la desconocida esposa y le preguntó: —¿Qué hace aquí, hija mía?

—¡Ay, madre Auberte! Me encontré tan desvalida porque mi marido se me enojó conmigo; pero os aseguro que ignoro el motivo. Vos, que sois tan bondadosa, ¿queréis acompañarme a casa de mi padre?

—No sé qué y como cometa tal imprudencia — le respondió la vieja. — ¿Queréis acaso que vuestro padre os tibia suspendido que vuestro esposo tenía razón para proceder así? — Preferible será esperar a mañana, acaso estaba borracho vuestro marido, y lo rogaremos, cuando le haya pasado la embriaguez, que de nuevo os acople.

—Mi consejo — prosiguió la anciana —, inspirado en la mejor fe, es que ahora os vengáis conmigo, aprovechando la soledad de las calles, y ya en mi casa, al pan, la carne, el vino y las arvejas que me disteis hoy de vuestro mejor empleo que el que me disteis en un principio. Quiero devolveros el buen servicio que me hicisteis antes, y que todo sea en beneficio vuestro. Y estad tranquila.

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

—¿Qué hace aquí, hija mía?

NO suelo venir por la mañana a la ciudad. A la mañana es justamente cuando andan con más frecuencia los carteros. Hoy vengo y me encuentro con uno.

El cartero va diligente, abstraído, sin más preocupación que la de las direcciones domiciliarias que debe encontrar. Para él la ciudad es toda números. De cuando en cuando, calles. Alguna vez, nombres.

Levó el cartero su valijón, pendiente de la correa que se apoya en el hombro. El valijón se sangolotea sobre la cadera en movimiento y se disponen a ser correspondencia acuada. Parece el cartero un escolar guardado que va haciendo en todas las casas del camino el chiste de llamar a la puerta y seguir, para que cubra la vista de la escritura, el portero.

El cartero camina. Distraído tiene que hacer el mismo extenso trayecto: pero camina siempre.

Todo ha progresado en la ciudad: las tranvías nos conducen, los ómnibus nos hacen disparar, los autos nos dan la sensación de patinadores sobre una nieve negra. Todos hemos avanzado el ritmo de nuestra vida, merced a la maquinaria.

Solo el cartero continúa como hace un siglo, haciendo su extenso trayecto a pie, andando, moviéndose por fricción a sangre, imposibilitado de usar la maquinaria que en todas las demás actividades ofrece el progreso.

El cartero camina. ¿Cómo hace un siglo? Pues. Hace un siglo iba a caballo. Hoy no puede ir a caballo siquiera. El progreso le ha quitado el pingo y no le ha traído un auto. Retrocede. El progreso es un mito para él. Es fatal para él.

que habéis de reposar en habitación bien reservada y no susceptible por nadie, hasta que vuestro marido recobrar el juicio perdido por el vino.

CONVENCIÓ por tales razones, accedió la dama. La vieja le condujo a su casa. Ya en ella, le dijo:

—Hermosa mía: por una semana entera podéis guarderos aquí, que durante este tiempo nadie sabrá dar con el escondite.

—Pretendí luego la madre Auberte hacer como a la huestada: pero se resistió la dama, alegando que Dios no habría de ver con buenos ojos que se alimentase sin antes conocer la causa de su dolor y sus vergüenzas.

Nada replied a esto la vieja, por evitar más alegatos y razones, y se limitó a acompañar a la señora a una alcoba próxima a la que allí se acostase entre linares holandeses y rica colcha.

La asista anciana la cubrió y la arropó, y no dejó abierta la puerta, sino que la cerró con llave, para después salir despedido de casa y dirigirse a toda prisa en busca del galán.

El galán estaba desesperado, pensando en su amor. Cuando la vieja le dijo que tenía en su casa a la dama de sus pensamientos, y que podría verla al instante, él sintió revivir y corrió tras la vieja.

YA en la morada de Auberte, el mozo penetró en la habitación donde reposaba la dama.

—¿Oh, bella mía — le dijo el enamorado. — Hasta vos llega el dolor amigo al que tanto dolor causasteis, pero el que todo lo atrepa por haberme querido tanto.

—De qué podría valerme — contestó ella — el que yo ahora

que habéis de reposar en habitación bien reservada y no susceptible por nadie, hasta que vuestro marido recobrar el juicio perdido por el vino.

CONVENCIÓ por tales razones, accedió la dama. La vieja le condujo a su casa. Ya en ella, le dijo:

—Hermosa mía: por una semana entera podéis guarderos aquí, que durante este tiempo nadie sabrá dar con el escondite.

—Pretendí luego la madre Auberte hacer como a la huestada: pero se resistió la dama, alegando que Dios no habría de ver con buenos ojos que se alimentase sin antes conocer la causa de su dolor y sus vergüenzas.

Nada replied a esto la vieja, por evitar más alegatos y razones, y se limitó a acompañar a la señora a una alcoba próxima a la que allí se acostase entre linares holandeses y rica colcha.

La asista anciana la cubrió y la arropó, y no dejó abierta la puerta, sino que la cerró con llave, para después salir despedido de casa y dirigirse a toda prisa en busca del galán.

El galán estaba desesperado, pensando en su amor. Cuando la vieja le dijo que tenía en su casa a la dama de sus pensamientos, y que podría verla al instante, él sintió revivir y corrió tras la vieja.

YA en la morada de Auberte, el mozo penetró en la habitación donde reposaba la dama.

—¿Oh, bella mía — le dijo el enamorado. — Hasta vos llega el dolor amigo al que tanto dolor causasteis, pero el que todo lo atrepa por haberme querido tanto.

—De qué podría valerme — contestó ella — el que yo ahora

que habéis de reposar en habitación bien reservada y no susceptible por nadie, hasta que vuestro marido recobrar el juicio perdido por el vino.

CONVENCIÓ por tales razones, accedió la dama. La vieja le condujo a su casa. Ya en ella, le dijo:

—Hermosa mía: por una semana entera podéis guarderos aquí, que durante este tiempo nadie sabrá dar con el escondite.

—Pretendí luego la madre Auberte hacer como a la huestada: pero se resistió la dama, alegando que Dios no habría de ver con buenos ojos que se alimentase sin antes conocer la causa de su dolor y sus vergüenzas.

Nada replied a esto la vieja, por evitar más alegatos y razones, y se limitó a acompañar a la señora a una alcoba próxima a la que allí se acostase entre linares holandeses y rica colcha.

La asista anciana la cubrió y la arropó, y no dejó abierta la puerta, sino que la cerró con llave, para después salir despedido de casa y dirigirse a toda prisa en busca del galán.

El galán estaba desesperado, pensando en su amor. Cuando la vieja le dijo que tenía en su casa a la dama de sus pensamientos, y que podría verla al instante, él sintió revivir y corrió tras la vieja.

YA en la morada de Auberte, el mozo penetró en la habitación donde reposaba la dama.

—¿Oh, bella mía — le dijo el enamorado. — Hasta vos llega el dolor amigo al que tanto dolor causasteis, pero el que todo lo atrepa por haberme querido tanto.

—De qué podría valerme — contestó ella — el que yo ahora

que habéis de reposar en habitación bien reservada y no susceptible por nadie, hasta que vuestro marido recobrar el juicio perdido por el vino.

CONVENCIÓ por tales razones, accedió la dama. La vieja le condujo a su casa. Ya en ella, le dijo:

—Hermosa mía: por una semana entera podéis guarderos aquí, que durante este tiempo nadie sabrá dar con el escondite.

—Pretendí luego la madre Auberte hacer como a la huestada: pero se resistió la dama, alegando que Dios no habría de ver con buenos ojos que se alimentase sin antes conocer la causa de su dolor y sus vergüenzas.



El cartero va aborotado.

Y lo peor es que no se advierte la posibilidad de que el progreso pueda dar de medios más modernos y más cómodos al cartero. ¿Cómo podría reparar su correspondencia de casa en casa sin un capitolio? Sin un capitolio?

El cartero de la ciudad no es un valor histórico: no evoluciona. Es hijo como los conceptos de Platon. Cuando lo veo en el subterráneo quedo tan impresionado. Aquí, en la ciudad, en el estado del tráfico moderno, me parece un trozo de vida que permanece, lo que es contradictorio, para la vida moderna; si permanece no es vida.

El cartero camina. Ma, atengo, giro cuando pasa, lo miro cuando se aleja. Es el tiempo quieto.

(Continúa en la página 7)

giles, pidiendo auxilio. Seguramente acudiría gente extraña.

—¡Ah! sería — contestó ella — y no creo que os conviniere el que de tal suerte quedéis en vergüenza.

LA romper el alba del siguiente día se levantó la madre Auberte, y el mayor mozo que pudo preparó unas sabrosas magras y unos mulos de capón asado, que la enamorada pareja se escapó de desahogar con buen apetito.

Y como comieron, bebieron y aceptaron los solícitos cuidados de la madre Auberte.

Al tercer día, cuando se oyó al toque de matines de la ciudad de San Carlos, la madre Auberte invitó a la dama a la casa al templo, donde debía rogar, porque el marido volviese a acordarse de ella. Quiso el galán disuadir a la vieja. Pero ella dijo:

—¡Desajuste que yo proceda como conviene, que así podréis recobrar vuestro amor, volviendo a gozar del deleite de su belleza.

LA madre Auberte se proveyó de cuatro crios, cada uno de más de un metro de altura y con ellos saltaron de la vivienda de la vieja, ésta y la señora, a la casa de la dama.

Justas llegaron ante el altar de Nuestra Señora, y la madre Auberte hizo tendiese en el suelo a la dama y prendiendo en una lampara encendida los cuatro cirios dispuestos junto a la cabeza de la dama, colocó uno a la cabeza, otro a los pies, uno a la derecha y a la izquierda el cuarto. Después le dijo:

—No temas cosa alguna ni por nada me preocupes, y pase lo que pase no te muevas de como estás hasta que yo vuelva.

—¡Ah! lo haré — respondió la dama.

ENTONCES la madre Auberte se dirigió a la casa en donde el enajenado marido estaba con la ausencia de la ausencia de su mujer, de cuya conducta ni él mismo sabía qué pensar. En tanto la vieja, con intención premeditada y por planear la atención del marido, loco la puerta, la cerró, y se fue a la casa del oído atento, y en espera de alguien que pudiera hacerle recobrar sus esperanzas, ordenó que la vieja entrase en seguida y la madre Auberte, ya dentro de la casa, dijo:

—¿Dónde está el negocio y el equivocado o el mal informado?

—Bien vendá, madre Auberte — contestó el hombre —. Pero ¡qué se iras a estas horas y de tal manera!

Y ella le contestó:

—No me interrumpas, en tanto no os refiera el sueño que tuve la pasada noche.

Y entonces la vieja invirtió un trágico suselo. Dijo que había roto una a su esposa tirado en el suelo, entre crios, en la alcoba de San Carlos, que se fue al instante al templo que, en efecto, allí halló a la pobre señora y que ella le refirió que estaba allí implorando a Dios que aclarase el error de que seguramente había sido víctima su marido para castigarla a ella en tal forma.

La vieja agregó que como podía el haber dudado de una mujer tan pura y al no querer lo que la vieja le decía, pero al fin, como ella quiso confirmarle con la realidad, la acompañó a la alcoba, donde vio a su esposa en la forma que la había de ver, la vieja, la alzó arrojándole y así al otro día, el caballero

NO bien hubo despuntado el sol al día cívico, el caballero burlesco se levantó, se vistió y salió de su casa, ya tranquilo sobre su mujer, a la que de vez en vez le creía culpado injustamente. La madre Auberte, que como siempre, estaba vigilando, salió también de su guardia y con grandes voces exclamó:

—¡Treinta dineros! ¡Treinta dineros, en nombre de la Santa Cruz, que sin ellos poco me importa vuestro...! ¡Treinta dineros para una desdichada que no sabe cómo lograrlos! ¡Dónde, dónde los encontrareis! ¡Treinta dineros, que sin ellos déis sobre mi honrada desgracia!

Llegó entonces a ella el señor caballero, y la vieja, acenando al dolor, lanzó más agudos gritos.

—¡Treinta dineros, que han de venir a reclamarme y al no los entrego me arraballará lo poco que poseo! He aquí el mal por el mal sueño que tuve.

—Por Dios vivo — exclamó el burgués —. Decidme ya a qué viene tanto griterío y tanta desgracia.

—¡Si vos a decirlo, generoso señor, y os juro que no he de ocultaros nada. Anteriormente yo vine un apuesto y rico, el que me dejó para que se le repara un capitolio de su propiedad. Acepté la labor, pero, por mi desgracia y mi infame modestia, salí de mi casa con intención de volver en voladora, ya en la calle, debía de perder el maldito capitolio, por el que tengo el corazón deshecho y sin saber a punto fijo qué hacer ni dónde ir, si quedarme o si escapar, pues a ninguno de los que he preguntado han sabido darme razón.

Me pusé entonces en camino, pero hasta bien entré la tarde no llegué a mi casa, e ignoro — ¡desdichada de mí — lo que pudo haber sido de la esclavina, como no la haya olvidado por torpeza sobre vuestro lecho.

Interrogó entonces al marido:

—¿Dónde, madre Auberte! ¿recordáis haber estado allí, mente en mi casa?

—Sí, noble señor — contestó la vieja prontamente; — con objeto de recoger algún resto de vuestro camino para llevarla a mi hija enferma, y si no la llevo ni me acordó, creo que no pasó de entenerse.

Vuestra esposa estaba en su alcoba peinándose, y recuerdo haber visto sobre vuestro lecho un rollo como un apuesto y rico más bella. Me senté junto a la cama y me quedé absorta sobre ella, hasta que vuestra esposa salió tocado y con extrema bondad me dispuso a que yo ya me había perdido.

Me pusé entonces en camino, pero hasta bien entré la tarde no llegué a mi casa, e ignoro — ¡desdichada de mí — lo que pudo haber sido de la esclavina, como no la haya olvidado por torpeza sobre vuestro lecho.

GRATAS y armoniosas parecieron al caballero tales palabras, así como que él se devolviera a ella la esclavina y como ella necesitó encontrar con el maldito capitolio, causa de sus penas, la aguja y el dedal de la vieja. Nunca tuvo el caballero burgués mayor gozo.

Satisfecho y feliz por el hallazgo, nuestro círculo caballero devolvió a la vieja la esclavina roja, origen de sus desvelos, la que con tales medios consiguió librar al burgués de sus preocupaciones.

Y la madre Auberte, al devolverle al enamorado galán su prenda, recibió de él las cincuenta libras prometidas, que bien le merecían por el trabajo que hizo.



## Bandoneón en la noche, que te quejas

arrancando a los vivos de su sueño:

para llorar así cuando te alejas

alguna pena ha de tener tu dueño.

A tu paso recoges las callejas

tus notas melancólicas de ensueño...

El mundo emocional que desmadejas:

traduce bien el alma del Porteño.

Instrumento tristón y vagabundo

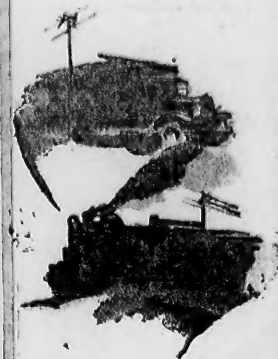
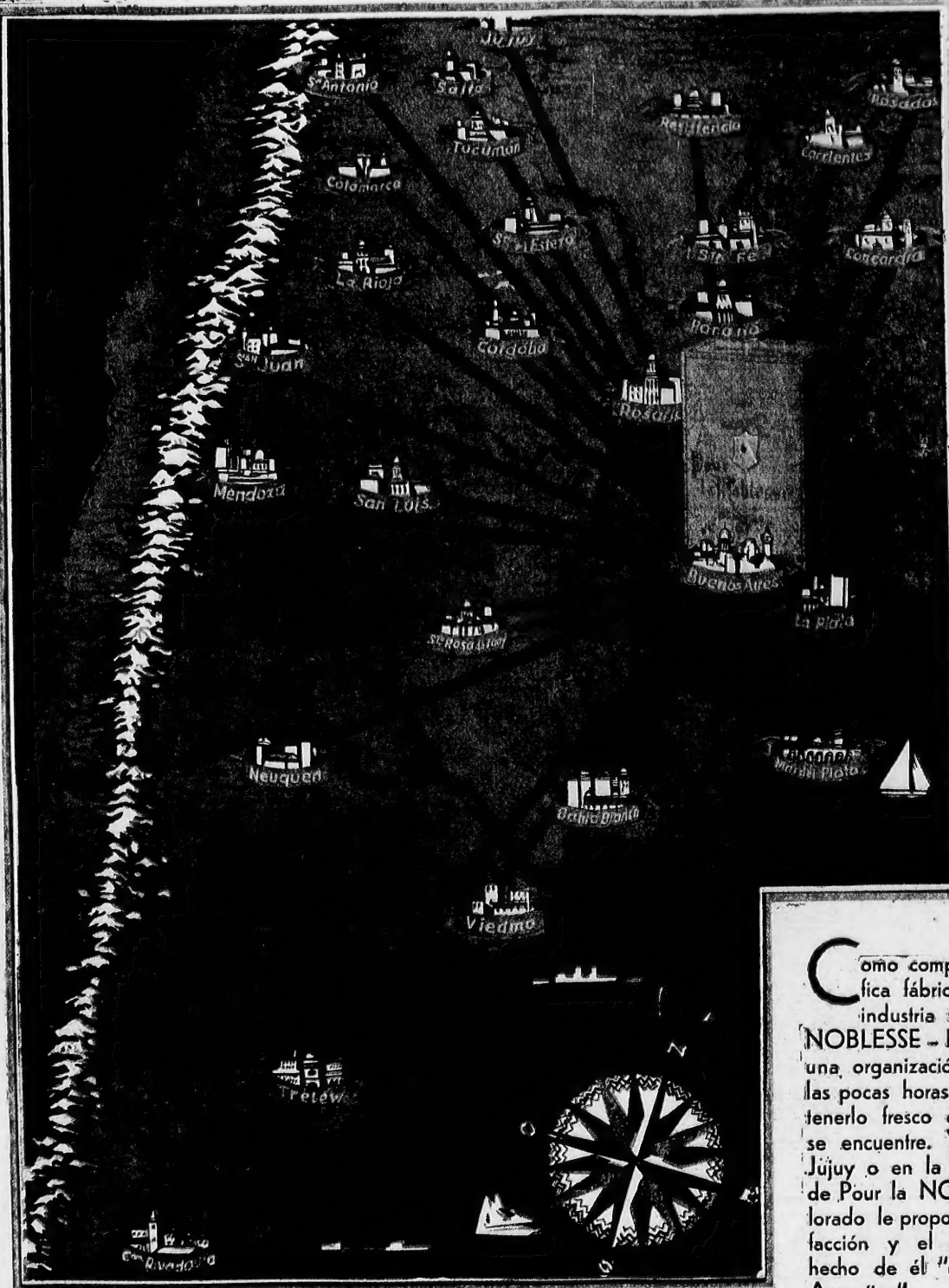
como mi corazón, que por el mundo

va deshojando flores de canción:

Eres recogimiento, llanto y pena,

como





## HASTA LOS CUATROS LIMITES DE LA REPUBLICA

Como complemento de su magnífica fábrica - ejemplo de nuestra industria tabacalera - el Pour la NOBLESSE - Escudo Colorado posee una organización única que permite, a las pocas horas de su elaboración, obtenerlo fresco donde quiera que Vd. se encuentre. Y así ya se halla en Jujuy o en la Patagonia, su paquete de Pour la NOBLESSE - Escudo Colorado le proporcionará la misma satisfacción y el mismo placer que ha hecho de él "el gran favorito de la Argentina".

POUR LA

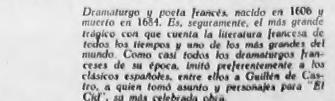
# NOBLESSE

ESCUDO COLORADO





Por LUCILIO



“En otro tiempo hice el tonto,  
Tenía Rilis en la cabeza...”

Pero llega el poeta a los cincuenta y dos años y se inflama en amor por una comedianta. Era ya célebre por su obra drama-

Yo soy de esos amadores groseros  
 Que no aman gustosos  
 Si no se les premian sus servicios.  
 Y quiero, como pago, algo más que una mirada:  
 Y la unión de los espíritus carece para mí de delicia.  
 Si los encantos de los seniles no toman alguna parte

En todas estas chanzas, Corneille aparece luchando entre la sinceridad de una pasión, por un lado, y la razón, por otro, que

ta de Corneille la creación de un tipo singular, el del viejo enamorado y no correspondido, personaje que el poeta introdujo en varios de sus dramas. En "Pulqueria", uno de estos dramas, aparece Marciano, "provetco senador", que ama a Pulqueria, emperatriz de Oriente, mucho más joven que él, y cuando Marciano dice

"¡Qué suplicio amar un objeto adorable  
Y de tantos rivales verse el menos amable.  
Amar más que ellos juntos y no osar tal ardor."

Por vehemente que sea, prometerse lo que ellos nos parece oír un acongojado lamento del propio Cornelle.

en amor por una comedianta. Era ya célebre por su obra dramá-

sinceridad de una pasión, por un lado, y la razón, por otro, qu

nos parece oír un acongojado lamento del propio Corneille.

**ST. JOHN'S CHURCH, N. Y.**

del tierra mojada de los jardines se une al llegar a su cielo para ponerse a tono palidete

## ★ (Continuación de la página anterior) ★

otro coche, casi pegado al suyo, se sentía la Virginia de antes y que su desecho de la fiesta se realizaría.

llegaron a la casa. Descendieron. Pasó frente a ellas el otro coche, y su ocupante, tras los cristales, tornó a clavarle su clara mirada. Virginia volvió a estremecerse. Esa misma noche, su hermano y su cuñada proyectaron una excursión a las

—No sé. Veremos luego — repuso vagamente, mientras pensaba en cómo se arreglaría el desconocido para volver a verla.

—Ven con nosotros. ¿Qué vas a hacer aquí, en este horno. Y en tanto la cacuchaba, por las celosías de su cuarto veía el sol implacable quemando las baldosas, agostando las hojas de las plantas... Se sentía un poco avergonzada por todo lo

Durante todo ese día, inútilmente la sucedía cada llamada del teléfono: pero, media hora antes de la partida, confirmó:

Pasó unas vacaciones deliciosas, y regresó satisfecha; pero, en los veranos siguientes, en las pesadas horas de la siesta,

nunca más volvió a sentirse cansada de no amar, aun cuando, algún tiempo después, se casó con aquel viejo amigo de la casa, y Clarita organizó su cortejo nupcial, con encantadoras señoritas vestidas de verde niño.

1000

108 SUBSTANCES.

10

\_\_\_\_\_

# La Isla Maravillosa

**J**ACOB poco tiempo, los diarios anunciaron que un tal Mr. Seabrook había comido, especialmente invitado por los canibales, carne humana. El apellidado anglosajón no podía equivar un momento los ingleses tienen un respeto humano que se mantiene en la presencia de los más apetitosos cadáveres. Se trataba, como es natural, de un ciudadano del país de lo extranjero. Estados Unidos. Un ciudadano que allí no hace nada extraordinario, más allá de vender como a maza, ni denificos en gran escala. Simplemente escribe y viaja. Como reveló la vida íntima de las tribus salvajes y los negros haitianos, ahora está recogiendo materiales para un libro acerca de los primitivos conglomerados africanos: calabales y pigmeos.

Se trata de un personaje desahogado, que busca dar un panorama lo más humano posible de los sitios que recorre. Así, su primera tarea es hacerse a las costumbres, por desusadas que éstas sean, de los pueblos que visita.

La literatura de viajes y aventuras, apasiona otra vez a todos los pueblos de la tierra, como si en ella buscaran un retorno a los días claros y dulces de la infancia.

Joseph Conrad ha exaltado los aventureros del mar, nostálgicos y violentos. Pierre Mac Orlan dice la aventura civil, la que ella su excentricidad en el dudoso fantástico de las grandes ciudades. Paul Morand, relator exquisito de impresiones espirituales, nos ha enseñado, con refinada manera de gran señor, sus interminables aventuras. Pero solamente Seabrook ha logrado, con la realidad y sus sencillos elementos, darnos una impresión fuerte de verdad y fantasía. Simplicidad es maestría; por ello Seabrook comienza a ser traducido a todos los idiomas. Su último libro, "La Isla Mágica", nos revela en un mundo extraño y encantador, dentro de un ambiente primitivo y de una naturaleza de una inenarrable belleza.

## Presentación de la Isla Maravillosa

Rodeada por el Océano Atlántico, el canal de Mona, el Paso del Viento y el Mar Caribe, el S.O. de Cuba, bajo un clima de excepcional dulzura, guisa la Isla de Santo Domingo, una de las más hermosas de las grandes Antillas, cuya parte Este se denomina Haiti.

Lugar legendario de piraterías, nido de los corsarios más voraces, que asolan hace siglos el Yucatán y sus alrededores, su suelo, cubierto por salvajes selvas y espléndida vegetación, pasa por tener tesoros fabulosos, que los bandidos derrotados en alguna batalla naval no volieron a rescatar.

Poblada por negros espléndidos, descendientes de la raza real de los salas, estuvo bajo el dominio francés, hasta que se proclamó la República. Luego cayó bajo el protectorado yanqui, visible en la figura de un Comisionado Militar y tropas regulares. De su época de libertad, los haitianos conservan una cláusula que impide a los blancos ocupar cargos de gobierno. Hasta los sacerdotes católicos son de color. De la dominación francesa, en las clases elevadas, quedan inamovibles los cánones galos del buen gusto, la exquisita portada y la instrucción elevada.

A este mundo, completamente primitivo en el interior de la isla, llega Seabrook, con ansia de develar el carácter verdadero de este curioso pueblo.

Pertenece a esa América del Norte nueva, visible en el espíritu de sus grandes escritores — Dreiser, Lewis, Hemingway, Ford, Sandberg, Anderson, etc. — no adoptó temperamento, ni espíritu de conquistador. Rechazó la versión oficial, acomodaticia, de las autoridades y trabajó por su propia cuenta. Veamos cómo.

## El sirviente providencial

Seabrook se alojaba en el Hotel Montagne. Allí había tenido primera sensación de la inaudita riqueza del clima. Cuentan otros viajeros que, junto a la amplia galería, hay unos árboles que dicen "peligro", para prevenir a los huéspedes del riesgo que entrañan estar sobre las cabezas los cocos, que a la menor brisa se desprenden, con una abundancia con vistas a una rápida hospitalización del viajero por la allí prolífica madre naturaleza.

También el primer toque de lo mágico. En efecto, buscaba alquilar una casa y recorrió los barrios de la ciudad, cuando, sin saberlo, se le acercó un nativo, de ropaje en pésimo estado de conservación, afirmando que les indicaría la casa que desearan ser ellos (de Seabrook y Kette, su mujer).

Dado a la aventura y pensando que este hombre le podría ser de gran utilidad, Seabrook no vaciló y yendo con él, alquiló la indicada mansión que el nativo le ofrecía.

Luis se llamaba y quedó fácilmente incorporado al servicio. Poco a poco fue abandonando su natural reserva. A las preguntas de Seabrook, sobre los ritos mágicos, respondió que su madre "Mamá Célle", conocía el asunto. Se propuso una visita conjunta al interior del país. Seabrook se hallaba ya sobre la pista de la magia negra "Voodoo", cuya existencia niegan informes oficiales yanquis.

## La víctima humana

El viaje se emprende. Luis es recibido en su pueblo con grandes muestras de cariño. Halaga a los lugareños el triunfo económico de su convecino, visible en los zapatos con que respasare, considerados verdaderos artículos de lujo.

Mamá Célle, acoge benévola al extranjero. El modo sereno y dado de Seabrook le acerca muchas simpatías. Mamá Célle es sacerdotisa del culto "Voodoo" y promete iniciarlo en sus misterios.

Después de muchos condescendidos, Seabrook es introducido a "La Casa del Misterio". La cosa debe hacerse silenciosamente, porque el gobierno persigue estas manifestaciones de magia. Cuando Seabrook entra al santuario se percibe de que un rincón, como un estado semiprimitivo, guisa Catalina, una muchacha joven, que guarda importante lugar en el ritual. En efecto, el sacerdote, que vino con Mamá Célle ejecuta el culto, lo conduce al lado del altar donde, atado, se halla un muchacho cabrito.

Indudablemente, Catalina es la víctima humana del terrible "misterioso Voodoo".

## Substitución y bautismo de sangre

La pieza donde se halla el altar está ocupada por gran número de negros que, en la obscuridad, se encuentran inmóviles y perezosos.

Se inicia el culto cerca de un altar, ocupado por gran cantidad de objetos, muchos de ellos pertenecientes a la religión católica. Alrededor hay ofrendas de alimentos, dedicadas a los dioses. Las inscripciones comprenden una complicada teología ("Voodoo") y se refieren al "Hermano Jesús". El momento solemne del sacrificio, se acerca. Al alzarse el cuchillo del sacerdote, Catalina lanza un grito pavoroso a un lado. En cambio, el muchacho gime de una manera importante lugar en el ritual. En efecto, el sacerdote, que vino con Mamá Célle ejecuta el culto, lo conduce al lado del altar donde, atado, se halla un muchacho cabrito.

Seabrook bebe la sangre del sacrificio. Es incorporado al culto "Voodoo" y provisto de un raro amuleto, contenido en restos de huesos variados. Con él se halla protegido contra las acechanzas de los magos, en los que los haitianos creen, y sobre los cuales cuentan muchas espeluznantes.

Mamá Célle le declara su alijado. Todo marcha bien, en medio de los ritos, hasta el día que Seabrook casi perece, por culpa del dios-hombre.

## Extraño caso del dios-hombre

Seabrook prosigue su relato fiel con maestría consumada. Sus comentarios circunspectos añaden fuerza a la extraordinaria acción que le da, inconscientemente, el primitivismo extraño de un pueblo. Así nos cuenta una vez más la historia de un muchacho, cuando se repentinó uno de sus amigos "Voodoo", Manuel, le exigió se portara de pie.



ANDRES GUEVARA

El tono respetuoso que los lugareños siempre usaban con él, hizo reparar, con gran asombro, en la desusada descortesía de Manuel. Este, al no verse obedecido, avanzó resuelto hacia Seabrook. El escritor comprendió que algo decisivo sucedía y optó por obedecer al negro.

Justo en este momento apareció en la puerta un hombre con rostro extraviado y descompuesto. Lo seguía una multitud reverente y silenciosa. Poco a poco algunos se fueron acercando. Las mujeres le colocaban collares y otras alhajas. Los hombres afirmaban que un dios se había encarnado en aquel vagabundo; le seguían humildemente, con rostros angustiados por una especie de furor místico.

Reunidos los encargados del culto, el presunto dios fue conducido a la "casa del misterio". Allí, el vagabundo, que mantenía un paso hierático y alucinado, solicitó casi sin palabras, poseído de su majestad, que le dieran de comer.

Instantáneamente se le dieron alimentos y bebidas escogidos. Se le dejó al pie del altar.

Al día siguiente, Seabrook le vio dormido, despojado de las alhajas con que los "mujeres habían creído recoger algo de poderoso alijado del dios encarnado. Volvió a su condición miserable de vagabundo. Y ya nunca más se volvió al hombre-dios, cuya presencia casi dio final a la aventura del sábdico americano Seabrook.

## Presidente y poeta

Seabrook vuelve a la ciudad. Es recibido en el palacio de gobierno. Allí conoce al presidente, Dr. Borno, hombre de color. Es invitado a una reunión donde tienen acceso muy pocos americanos. Seabrook, que casi nada le resta por conocer en materia social, se encuentra con una fiesta como solo le fue dable contemplar en París.

Se trata de un garden-party. La habitual frialdad de las reuniones de esa especie se corrige gracias a un manifiesto derroche de hospitalidad.

Bulla con multas esbeltas como estatuas, en las que se ha hecho carne el sentido del ritmo. La gratitud absoluta de la belleza, se le manifiesta por medio de la danza.

Es llamado a un grupo que forman el Presidente y sus amigos. Allí recita unos versos impecables, escritos en francés. Figuran en la "Antología de Haití", publicada con gran éxito en París. Son del presidente Borno.

Seabrook piensa con ironía en su país, que se cree tan culto y civilizador. Y se imagina a Coolidge, el Presidente yanqui, recitando poemas a sus ministros.

Después escucha, en la mayor reserva, una anécdota terrorífica. Estos jardines anchos, donde los árboles son amistosos y las flores manifiestan su vida cortés y reservada, fueron teatro de un acontecimiento terrible.

Fue hace ya mucho tiempo. Por aquel entonces los presidentes eran verdaderos tiranos. Ejercían un poder discrecional.

La hija de uno de ellos se hallaba incorporada a los ritos "Voodoo".

Una noche, de esas tropicales, densas, lentísimas, apareció la muchacha en el jardín. Llevaba una bandeja de plata. Se acercó a unos guardias que vigilaban el palacio.

Al influjo candente de su mirada, los hombres permanecieron de pie, inmóviles. Estaban poseídos de una obscura fascinación.

## La horrible doncella

La doncella se acercó más aún, lentamente. Desmenuzó un jugiente mágico; una estrella más en la noche. Lo hundió en la garganta de uno de los guardias.

Los otros no hicieron ningún movimiento para salvarla. Con



*(Continuación)*

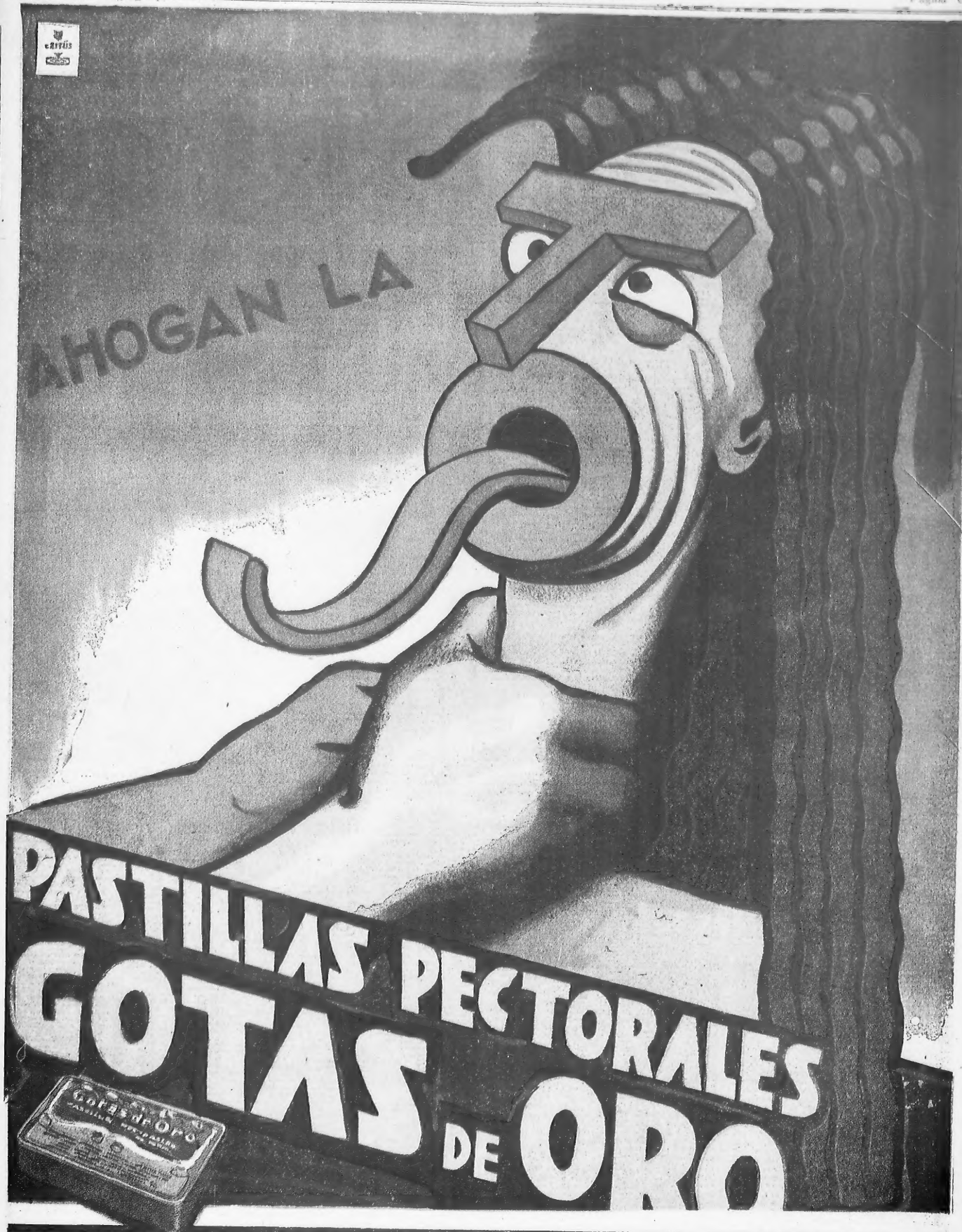
de feías, en pleno dominio de sí mismo, oficiaba ante el altar de cráneos.

Acudían a sus consejos hombres y mujeres que solicitaban de la sacerdotisa datos, predicciones y talismanes. Todo un pueblo histérico por el temor de un mal aún más aterrador y temible, dispensador de gozos inenarrables y desdichas espantosas, reclamaba un amuleto para que un amor no se perdiera o para que pudiera vencer un enemigo.

mi ser otro gran dilecto la vida,  
Angela TESADA.



LA AHOGAN



**PASTILLAS PECTORALES  
GOTAS DE ORO**

